

Entonces aparecen de tres á quatro mil paisanos furiosos, gritando que va en el baxel un gran número de refractarios para unirse á los enemigos de la Francia, y que quieren registrarlos, y apoderarse de ellos y de sus armas. Los magistrados, para sosegarlos, hacen exácta averiguacion, y les dicen, que aquellos viageros no tienen mas armas que breviarios, y que sus pasaportes son legítimos; pero los furiosos se apoderan de las lanchas, y pasan á bordo. Los Sacerdotes, puestos en oracion debaxo de escotilla, se preparan para morir, y estando el primero á la entrada uno de ellos muy anciano, ruegan los demas que se entre, y no esté tan expuesto á la primera furia: » dexad, » hermanos, dice: mas vale que muera yo, que ya estoy para » nada; quizá se contentarán con mi muerte, y viviréis los que » podeis trabajar aún en la salud de las almas. » Diciendo esto estaban ya á bordo los furiosos en tanto número, que iba á zozobrar la nave: adelántase á hablarles uno de los Sacerdotes, y la audiencia que le dan, es echarlo al agua, de donde se salvó porque un oficial le pudo asir, ya casi ahogado, de un pico de la sotana. En fin pudieron los municipales sosegarlos, reduciéndolos á que los llevasen presos. Tomado este partido, los ponen ellos mismos en las lanchas: llegados cerca de la orilla, atrojan á muchos al fango para el mas profito desembarco, y allí atascados, ó caidos por los resbaladeros, los levantan y hacen caminar á palos, los llevan, y á veinte y á treinta los encierran en calabozos estrechos y hediondos. Gastan el resto del día en deliberar el medio de que no se les vaya la presa, y los municipales á fuerza de ruegos les hacen consentir á que se espere la resolucion de la asamblea. Al día siguiente se aumenta el número de Sacerdotes con otro convoy detenido del mismo modo en el rio, y partiendo el populacho á su trabajo, tuvo la advertencia de dexarlos con buena guardia, para que no los soltase el magistrado. Hablándoles éste de la ley de la exportacion, respondian, que la ley se habia hecho en Paris, y con todo se habia hecho en Paris lo mismo que ellos intentaban: con esto se volvieron á encender, y se determinó resueltamente la matanza, señalando para ella el Domingo, como dia mas oportuno para juntar el paisanage de las cercanias. En esto llega á Ruan la noticia: quieren los guar-

dias nacionales volar al socorro de los Sacerdotes; pero les niegan la orden dos comisarios legisladores, que estaban allí á la sazón con todas las facultades, y el comité de los jacobinos dixo á los diputados de Quillebeuf: ¿no se sabe en Ruán lo que se ha hecho en Paris? Junto con esto predicaba Albite públicamente lleno de un furor infernal: *ni Dios, ni Rey, ni Religion, ni Sacerdotes*. Pero al fin la indignacion pública que se suscitaba contra él, lo precisó á dexar partir á los guardias. Llegados estos aún á tiempo, desaparecieron los bandidos, y baxo su escolta fueron conducidos de nuevo los Sacerdotes á Ruan el Sábado proximo al dia en que habian de ser degollados; pero no hubo forma de recogerles sus ropas ni dineros, solo sí se les dieron nuevos pasaportes. Otros ciento y catorce Eclesiásticos que habian fletado el tercer bastimento, sabido el suceso de sus compañeros, se detuvieron en Malleraye, desde donde despues de semejantes peligros los salvó tambien la Providencia.

En ninguna parte se concertó la matanza de los Sacerdotes mas evidentemente que en Laval. Algunos dias ántes de la deportacion se habia determinado unir en un solo convento los seiscientos que estaban repartidos en dos, y los veinte y quatro guardias que los custodiaban fueron quedando poco á poco en cinco, y esos en el día destinado se escogieron los mas endebles, tales que no pudiesen resistir á los bandidos quando se arrojasen á degollar á los presos. Vinieron, pues, armados de sables y picas en número de ciento y cincuenta, y entonces se vio lo que podia contra la canalla suscitada por los jacobinos, la resolucion y el valor. El que mandaba á los quatro era un hombre jorobado, contrahecho y de muy debil complexion; pero en este cuerpo mal formado estaba una alma firme y vigorosa: viendo, pues, acercarse los amotinados, se pone delante de los quatro, y con el fusil á la cara les manda detener, y señala una linea, amenazando que si pasan de ella, hará y mandará á los suyos que hagan fuego, y recibirá á los que queden con la bayoneta: los quatro dignos camaradas se manifiestan igualmente resueltos, y esta sola firmeza disipa á los bandidos. Avergonzados los jacobinos los vuelven á juntar, y vienen al anochecer á nueva tentativa: hallan el mismo valor, y retroceden; pero algunos intentan esca-

lar por otra parte el convento: acuden allá los guardias, y resisten hasta que acuden al ruido los compañeros y disipan enteramente á los asesinos. Donde puede comparar el lector á estos generosos guardias con los que en Paris dexaron hacer su officio á tan inferior número de asesinos, siendo ellos tan superiores.

Los Lavaleses, no dudando ya del proyecto formado en el club jacobino, tomaron para impedirlo las medidas que les dictó su corazon, y fué, sin establecer por sí mismos nuevos cuerpos de guardia, por no contravenir á su disciplina, apostarse algunos donde velar toda la noche, para estar prontos á pasar la palabra á qualquiera novedad, y advertir tambien á los presos tocasen las campanas si se viesen acometidos. Atajados con esta prevencion los jacobinos, idearon otro arbitrio, que fué intimar á los Sacerdotes la salida, y abrirles las puertas como para darles tiempo de negociar sus preparativos, y luego que hubiesen salido, tocar por toda la ciudad la generala, mandándoles volver al punto á la prision: al mismo tiempo mandar embargar los caballos de todos los vecinos para el ejército, y en esta confusion y tumulto degollarlos al llegar á la prision: hicieronlo así, y los buenos vecinos, conocida la idea, acogieron á los Sacerdotes en sus casas, y se dexaron sacar los caballos, diciendo: „ llevaoslos en hora buena, os entendemos, no nos defendemos, „ no háy tumulto. ” De este modo se diferenciaban en el proceder los diversos pueblos de Francia; pero los jacobinos eran en todas partes los mismos.

En Mans lo habian dispuesto de otra suerte: fingieron una carta de algunas mugeres, dirigida como en respuesta á uno de los Curas presos, en la qual se excusaban de no haber podido aun executar su consejo de dar veneno á sus maridos. Leyóse la carta públicamente en la asamblea de los electores, y pareciendo la cosa demasiado atroz, no se le dió crédito, ni corrió el pueblo, como lo pretendian, á vengar en los Sacerdotes el delito supuesto de uno, el qual tambien fué absuelto. Los jacobinos, defraudados de su intento, se vengaron en el modo de la deportacion: en el primer tránsito de tres dias no oyeron por todo el camino otra cosa que injurias y amenazas; nada se encontró que comer, ni en que descansar en las posadas. Quiso suplir esta fal-

ta la piedad de muchas personas; pero quanto traxeron de algun gusto, todo se quedó entre los guardias, y esto no fué mas que un preludio de lo que debian tolerar de los guardias que en Angers remudaron á los de Mans. Aquí para que oyesen mas insultos y amenazas, atravesaron las calles mas largas para ir al castillo y ser encerrados todos en su capilla, donde les fué de sumo dolor ver desnudo el altar, derribadas las estatuas, rasgadas y afeadas las pinturas, puestas en los nichos de ellas calaveras y otros huesos, inscripciones, unas infamatorias y atroces contra el Clero, otras amenazando y denunciando á los presos su última hora. En esto entra el carcelero con agua y pan negro, y cierra tras de sí la puerta. Dos horas despues se vuelve á abrir, y entra una tropa de bandidos á contarlos, contemplarlos, y hacer que escogen las víctimas mas de su gusto. Mas tarde viene una multitud de jacobinos á armarles lazos haciéndoles muchas preguntas capciosas, á que no responden una palabra. Á la mañana llegaron y fueron encerrados en la misma prision los que por ancianos y enfermos habian hecho mas lenta la marcha. Fué menester luego, como en Paris, que declarase el médico que amenazaba contagio, para que les concediesen salir un rato á respirar al patio del castillo, y que ciertas Señoras compasivas solicitasen el permiso para no dexarlos morir de hambre. De esta suerte habian pasado ya ocho dias, quando les traxo la noticia de lo que habia sucedido en Paris el Señor Bachelier, añadiendo, que el temor de la misma suerte lo determinaba á apresurar su deportacion. De hecho, se habia ventilado en el club de Angers la cuestión durante seis horas, y prevalecido el dictámen de la matanza para la noche del Sábado al Domingo; pero dispuso Dios que en este intervalo llegase la noticia de la distincion con que el Duque de Brunswick habia tratado al batallon de Angers en la toma de Verdun, y la sensacion de esta noticia impidió á los jacobinos la execucion. Así solo murió Mr. de Courvecelle, á quien la víspera de la partida acabaron los trabajos de la prision.

El doce de Septiembre al amanecer comenzaron las disposiciones para la marcha en esta forma: recogióseles quanto dinero tenian, que ascendia á quarenta mil libras, del que se les

dió á cada uno quarenta y ocho, quedándose los municipales con lo restante: sacaronlos al patio, y los ataron de dos en dos: ordenaronlos en una cuerda, y luego los cercaron dos filas de guardias, poniendo un cañon á la cabeza y otro á la cola de la columna: mandaron despues cargar los fusiles con bala y los cañones á metralla: dióse en fin la orden á los presos de guardar silencio, ni hablar uno con otro, y á los soldados de hacer fuego al que hiciese ademán de salir de la fila. Así comenzó la marcha, atravesando las calles públicas hasta salir de la ciudad, donde los esperaban unos carros, en que los amontonaron atados como estaban. Allí estuvieron parados dos horas hasta la llegada de otros trescientos, que venían atados y escoltados como ellos. En el camino encontraron partidas que iban al ejército, de las quales sufrían la irrisión, y el susto de ver á muchos que alargaban el brazo con la espada desde fuera de las filas, por si podían alcanzarlos. Las posadas fueron tinglados é iglesias desmanteladas, y el sustento pan, comiéndose los guardias lo demás que la caridad de los fieles les suministraba. En Anceny estando alojados en la iglesia de los Franciscanos, que se habia convertido en clubs, entró á media noche un jacobino con quarenta bandidos: subióse á la tribuna, mandó cargar los fusiles, y al mismo tiempo subió al púlpito un clubista: comenzaron el malvado predicador y el insolente jefe un diálogo de blasfemias, imprecaciones, amenazas, y dichos indecentísimos, que duraron hasta las quatro, esperando siempre los Sacerdotes con un profundo silencio que terminase la conferencia con la orden de hacer una descarga. En Nantes, en fin, hallaron una milicia mas humana, que se apresuró á desatarlos, hacerles buen tratamiento, y permitir á los vecinos les hiciesen todo género de buenos oficios, en lo que no anduvieron escasos, como tambien en facilitarles el embarque.

Ni estuvieron exentos de peligros y malos tratamientos los que caminaban libres, especialmente los Obispos, muchos de los quales no pudiendo conseguir pasaporte, anduvieron errantes por las fronteras, escondidos de día en bosques y cuevas, y siguiendo de noche veredas ocultas y fragosas, muchas veces solos, otras entregados á guias cuya fidelidad era facil corromper. Si eran descubiertos por los guardias que zelaban, tenían la

muerte cierta, como hubiera sucedido á Mr. Barral, Obispo de Troyes, si no hubiera sido desconocida la vereda por donde un paisano le conducia, habiendo sido buscado con toda diligencia. Mr. de Balore, Obispo de Nimes, escapó de tales riesgos, que no fué posible persuadirselo á los municipales de Paris, á quienes pedia su apoderado facultad de cobrar una suma que habia dexado en depósito: se afirmaron en que si habia salido de la Francia, habia sido antes del diez de Agosto, y que se debia considerar como emigrado: justificó el agente su existencia en la villa de Troyes el 26, y replicaron: *si estaba en Troyes, infaliblemente es muerta, porque está en la lista de los que debian serlo*. El agente no pudo enviar al Obispo otra cosa que esta respuesta; pero ella es una nueva prueba de que esta matanza fué cosa meditada. En la misma lista se sabe que estaban tambien otros muchos Prelados; pero habiendo apostatado de ciento treinta y ocho solos quatro, parece que quiso la Providencia compensar el escándalo de estos con el martirio de otros quatro, y reservar á los demas para consejo y exemplo á tantos Sacerdotes como la ley de la deportacion esparcía por Europa. La mayor parte de estos Sacerdotes llegaron á su destierro desnudos, ó cubiertos de aquellos malos trapos que la asamblea les habia hecho substituir á la santidad de su hábito clerical: quedábales el derecho que se les habia reservado, á ser socorridos de sus propiedades; pero en breve los privó tambien de esto la impiedad, y quedaron á sola la providencia de Dios, que los socorrió por otros caminos. Las primeras víctimas de la persecucion, ántes de la segunda asamblea, se refugiaron en Roma, donde se dilató la caridad de nuestro Santísimo Padre Pio VI á la vista de unos hombres que padecían por aquel Dios, de quien es él el primer Pontífice: á él se debia despues de su Magestad su constancia, porque con sus cartas llenas de profunda sabiduría los habia instruido, trazándoles la conducta que debían observar en medio de los lazos que les armaban el cisma, la heregia, la hipocresía, y el filosofismo: como habia sido, pues, su oráculo, fué tambien su padre, y los acogió como á hijos desgraciados, pero con una desgracia que era gloria de ellos, suya, y de Dios: bendixo su constancia, los abrazó con lágrimas, y les abrió su tesoro como

su corazón. Aun ántes de la deportacion ya subsistian en Roma á expensas suyas mas de docientos: por efecto de ella acudieron á sus estados mas de dos mil, y mas aún en la invasion de Niza y la Saboya. Entónces su Santidad no puso otros límites á su caridad, que los de su poder. Puso á su mesa á todos los Obispos, que eran veinte y quatro, y señaló sumas inmensas para los Sacerdotes que estuviesen en sus estados, mandando dar á cada uno quarenta y ocho libras mensuales.

Á los exemplos de generosidad añadió su Santidad los de piedad, mandando cerrar los teatros, cesar las diversiones, hacer ejercicios y exhortaciones á penitencia, á que era él mismo el primero, para alcanzar de su divina Magestad la restauracion de la Religion en el Reyno Christianísimo, y el remedio de la deplorable suerte que amenazaba al Rey y á su familia. Roma hizo lo que debia hacer Paris para poner fin á sus maldades: Roma se cubrió como Nínive de ceniza y del cilicio de la penitencia; pero debió apurarse hasta los asientos el caliz del Señor. Para que fuese tambien esta caridad sin límites, escribió su Santidad á diferentes Prelados de la cristiandad en favor de los pobres deportados; pero para gloria de todas las iglesias vecinas á la Francia, ya se habian anticipado á este socorro Obispos, Cabildos, Religiones y demas fieles, cosa que es imposible aquí individualizar. Quando pueda expresarlo todo la historia, se verá con asombro lo que hicieron los Obispos de Niza, Chambéry, Malinas, y todos quantos rodean la Francia sin excepcion. Lo que hizo el Cardenal Guémene, recogiendo en su palacio quantos pudo, reduciéndose á una mesa frugal con todos ellos, vendiendo, y desnudándose de quanto le correspondia como Príncipe secular, para quedarse solamente Sacerdote de Christo, pobre como él, y uno mismo con aquellos sus miembros. Los prodigios de generosidad de los Obispos de España, no se creerian si no nos lo hubiesen escrito los mismos Sacerdotes socorridos, de cuyas cartas solo extractaremos unos pocos hechos. » Debemos, dicen, un eterno agradecimiento á los españoles, y sobre todo á los Señores Obispos. Era menester ser testigos de su caridad, para conocer hasta qué punto ha llegado con nosotros. El de Valencia mantiene en su palacio casi 200, y sobre todas las

puertas de sus salas tiene escrito aquellas palabras de San Pablo: *oportet Episcopum hospitalem esse*: conviene que el Obispo exerza la hospitalidad. El de Sigüenza tiene en el suyo mas de 100, ademas de otros muchos que tiene repartidos por el obispado, á cuyas necesidades provee. El de Osma tiene tambien á sus expensas un gran número. Otros muchos, y particularmente el de Cordova, han pedido que se les envíe quantos se quiera. El de Orence pide docientos. El Cabildo de Zamora se ha encargado de 50. El de Leon ha vestido y mantiene 100. El de Calahorra, que no es rico, ha vestido á muchos del todo, y ha dicho que venderá su pectoral y anillo. El de Pamplona no hubiera podido hacer lo que ha hecho y hace, si no le ayudaran otros Prelados, que le envian sumas considerables para ello. El Cardenal de Toledo, que es el mas rico de España, es tambien uno de los mas generosos, manteniendo de todo á 500. « En todos los países se ha esmerado tambien un gran número de seglares, aun protestantes, habiendo todavia, á pesar de los jacobinos, humanidad en la tierra, particularmente en los Países-baxos Austriacos, donde habian influido tanto para que no se nos socorriese, se han abierto subscripciones, y no solo dando, sino trabajando, se han empleado en beneficio nuestro aun las señoras.

En la Suiza, donde mas habian trabajado los jacobinos en impresionar al paisanage contra los Sacerdotes, no tardó este en desengañarse, y conocer que no son los ambiciosos los que sacrifican su fortuna á su conciencia, ni vengativos los que á los ultrages, rapiñas y violencias solo oponen el silencio y la paciencia. Así estos buenos hombres salian á buscarlos á los caminos, los conducian á sus pobres casas, los ponian á su mesa, habiendo cantones enteros en que cada vecino quiso tener consigo un Sacerdote, de modo que solo el canton de Friburg alimentaba mas de quatro mil. En la misma Ginebra, ántes terror de los Sacerdotes católicos, ademas de la generosa acogida que les dieron los vecinos, los protegió altamente la Republica, y viendolos en peligro, si los echaba de sus puertas á la Francia ó á la Saboya, estrechada por las armas revolucionarias, los conduxo bien escoltados á la otra parte del lago, donde viviesen sin peligro, y no menor beneficencia hallaron en los círculos de Alemania y en Holanda.

Vengo últimamente á la gran Bretaña, nacion conocida en todo el mundo por su beneficencia y compasion natural, en la que nadie se tuvo por feliz si no le cupo en suerte mantener á alguno, ó contribuir en algun modo al alivio de todos. Parece que el instinto de la generosidad les daba la noticia quando se acercaba á sus puertos algun baxel de deportados; porque inmediatamente acudian al desembarcadero, y no se desanimaban por vernos llegar á centenares: haciannos mil preguntas sobre nuestras desdichas: los que no sabian nuestro idioma nos hablaban con los ojos, llorando de compasion, y nosotros de gozo y gratitud: nos conducian á las posadas, tenian tambien aparte piezas grandes, que habian desocupado y amueblado para los que no tenian con que pagar, y despues de habernos asistido mas allá de sus fuerzas, nos proporcionaban vagages y carruages para internarnos. En el camino era freqüente encontrarnos con un caballero, una señora, ó un ciudadano, que hacia la costa de la posada. Al salir nos ponian en la mano sus bolsillos, y si alguno de nosotros se excusaba por no necesitarlo, respondian, servirá para los compañeros que lo necesiten. Llegados á Lóndres era el paradero comun la casa de Madama Silburn y Mr. Meynel. Esta Sunamitis habia hospedado al nuevo Eliseo Mr. de Lamarche, Obispo de San Pol de Leon, á quien pareció haber enviado Dios anticipadamente para que fuese el Obispo de la deportacion. Esta Señora, á cuyo nombre se enternecen y levantan las manos al cielo todos los Sacerdotes franceses, habia ya juntado entre sus amigos la suma de quatrocientos lises á la llegada de los primeros deportados. No pudiendo bastar esta suma para los que iban llegando cada dia, se abrió una subscripcion, á la que no hubo quien no concurriese, y apurada ésta, se abrieron otras muchas. El Rey dió su magnífico palacio de Wincester para alojar á seiscientos: todos los Prelados y Clero de Inglaterra parecieron olvidar la diversidad de sus dogmas, para no ver otra cosa en los Sacerdotes católicos que una multitud de hermanos desdichados: ademas de lo que contribuyeron, se subieron á los púlpitos á predicar la limosna y la hospitalidad en favor de ellos. No quedaron atras las universidades, no la nobleza, no los ciudadanos, no tampoco los que vivian de sus tiendas. Hubo quien

dió quejas amargas de que no volvian los Sacerdotes á su tienda por no haber querido llevarles el dinero: hubo artifices que de ningun modo quisieron recibir de ellos el precio de su trabajo: hubo un lechero, que habiéndoles puesto en la mano el valor de lo que habia vendido aquel dia, se escondió entre el gentio para no ser conocido: hubo un jornalero, que viendo entrar en casa de Madama Silburn unos Sacerdotes que llegaban derrotados, la dixo con palabras interrumpidas por los gemidos: ¡Ah Señora! no tengo mas que mi trabajo; pero dadme uno, que yo puedo trabajar por dos. Hasta la niñez quiso hacer ver que era inglesa, porque se abrió una subscripcion por los niños, dando cada qual lo que recibian de sus padres para sus juguetes y golosinas. Ciertamente se repitió aquí con mucha razon por la nacion lo que dixo Jesuchristo á sus Apóstoles: *¿os faltó alguna cosa quando fuisteis enviados sin apoyo, sin calzado, y sin prevencion alguna? Y también: no tengáis pená de lo que comeréis y y vestiréis.* De hecho, hubo en Inglaterra hasta ocho mil Sacerdotes, á ninguno faltó nada, y el que ménos tuvo de asignacion dos guineas mensuales. Desde Septiembre de 1792 hasta Agosto de 1793 produjo la subscripcion 32⁰ libras esterlinas. Una postura ordenada por el gobierno añadió 35⁰ y no entran en esta suma 12⁰ de limosnas particulares, como tampoco el gasto que hicieron las personas generosas que alimentaron, vistieron y tuvieron á infinitos de ellos en sus casas.

Todavía fué mas admirable y estimable para ellos el haberseles concedido templos en que celebrasen públicamente su culto baxo la direccion de Mr. Douglás, Obispo católico, residente en Lóndres con facultad de Vicario Apostólico. En uno de estos templos hicieron por tres veces los exercicios de S. Ignacio, siendo cosa nueva y de mucha edificacion en aquella corte verlos concurrir á tarde y mañana á las meditaciones y sermón que hacia Mr. Beauregar, famoso predicador, y al fin de ellos, cosa que quizá no se hallará en los anales de la Religion, comulgar de mano del Vicario Apostólico mil y doscientos Sacerdotes, que eran los que cabian en el templo. Cosa mas prodigiosa tengo que decir aún: en 18 de Octubre desembarcaron en Brightemstone treinta y nueve Religiosas Benedictinas con su

superiora Madama de Lévis de Mirepoix, fieles á su profesion á pesar de tantas persecuciones, con la pretension, á la vista humana imprudente, de que en favor suyo se deshiciese Inglaterra de sus ideas hasta el punto de permitir que viviesen allí haciendo monasterio en observancia de su regla. Mas la Inglaterra hizo ver, que no presume vanamente de su generosidad la piedad oprimida. Estaba allí entonces el Principe de Gales, y siendo su primer asilo la proteccion de su Alteza, despues de ser recibidas con generosidad, y admirada de todos su constancia, se les dió y aseguró casa, donde viven hoy en la santidad de su profesion baxo la salvaguardia de la bondad y caracter mas bien que de las leyes de la nacion.

Quedaba ya en Francia dado el último golpe á la Religion, y no era menester mas prueba para saber que la ruina del altar traeria consigo la del trono, porque habiendo tenido las dos conspiraciones un mismo modo de proceder, y un mismo modo de irse graduando, era preciso que tuviesen al fin un mismo suceso. La reforma del Clero habia servido de pretexto para despojarlos de sus bienes. La reforma de las rentas reales lo fué tambien para quitar al Rey la suprema inspeccion de ellas, y por esta primera operacion pasaron á la disposicion de una asamblea de conspiradores y rebeldes los bienes del Clero y el tesoro público. Baxo la cubierta de zelo y respeto á los dogmas de la Iglesia, una constitucion impía y astuta habia trastornado la Religion, y sujetádola al capricho de la multitud. Del mismo modo protestando en nombre de Dios que el imperio frances era monárquico, una constitucion monstruosa, dexando al Monarca el solo nombre de Rey, entregaba el supremo poder á los tribunales motores del comun, á los municipales, á los clubs y á los corrillos. El juramento de la apostasia habia hecho retirar por su horror á todos los verdaderos ministros de la Iglesia, y entregado sus sillas y títulos á pastores perjuros; así tambien el juramento de la rebeldia habia apartado del ejército frances á todos los hombres de verdadero honor, y puesto las armas y empleos en manos de la perfidia y baxeza de una canalla que nada sabia mas que democracia. Una multitud de calumnias renovadas á cada hora habian dispuesto al pueblo á pasar sin sus verdaderos

pastores; por el mismo camino otra multitud de conspiraciones atribuidas á Luis XVI por los mismos que las tramaban, habian hecho al mismo pueblo mirar como su enemigo y tirano al Rey mas amante de él, que se habia expuesto á tanto mal como le habia sobrevenido por haber dispuesto que se juntase la asamblea nacional, creyendo proveer en ello á su felicidad. La terrible fuerza de las palabras misteriosas mostraba al pueblo un monstruo *refractario* en cada Sacerdote fiel á su conciencia, y sola la voz de *aristócrata* no dexaba á cada frances fiel á su Rey otro partido que la fuga ó la muerte. El mismo día que llevó al Rey á la prision del Temple, é hizo piezas su trono, produjo la lista de los Sacerdotes que se debian prender y entregar á los asesinos. Ensangrentóse por fin el altar, y entonces no pudo ménos de ensangrentarse el trono. Los que comenzaron impíos debian acabar por regicidas, y así no se pasaron tres meses de la matanza de los Sacerdotes sin que subiese Luis XVI al cadalso, y cayese su cabeza por sentencia de una convencion de asesinos llamada nacional, verificándose de este modo la profecia tanto tiempo ántes anunciada y repetida por los ministros del Señor: que la misma mano que amenazaba al altar derribaria tambien el trono.

Para castigar uno y otro delito envía Dios grandes calamidades. Reyno desgraciado, tú mismo serás el que te destruyas y arruines. Ya no háy hombres distinguidos: la plebe se devora: los que han degollado á los Sacerdotes del Señor, ellos mismos unos á otros se cortan la cabeza. Mirabeau ya no existe: el Duque de Larochehoucauld ha sido asesinado: Robespierre persigue á Pethion: Danton abate á Condorcet: Marat pone en prision á Brissot: Danton se hace sospechoso á sus detestables partidarios. Marat es un miembro podrido que se debe sacar de la República.

Los jacobinos de la Gironda y de Marsella toman las armas contra los del Sena: estos son los monstruos que se muerden, que se despedazan, que se matan. Robespierre queda solo en este tiempo, porque son todavía necesarios en la Francia verdugos crueles é inhumanos. Por todas partes se dexa ver la anarquía, la corrupcion, las muertes, la hambre, la iniquidad,

la cólera, la rabia repentina: en todas partes sufre males graves el pueblo, se saquea, se roba, se asesina, quanto mas grita libertad tanto mas es esclavo de los malvados.

Si hubiésemos de continuar la historia de la revolucion francesa, este seria el caos obscuro que se debería describir. Aquí se verian Sacerdotes encarcelados, asesinados, y por último la esposa y heredero de Luis XVI llenos de amargura que penetra hasta lo mas íntimo del alma: que los atentados contra el trono se aumentan cada día, y que mas y mas se agrava la mano del Señor sobre una ciudad que quita la vida á sus Sacerdotes y Reyes. ¿Pero quien podrá formar una relacion exácta de tantos horrores? Estos no son ni pueden ser conocidos sino por algunos que á pesar del infierno han escapado de entre las manos de sus perseguidores. Los que mandan no dexan que se les acerque alguno que les manifieste sus desórdenes, su confusion, sus nuevos crímenes, y sobre todo que les haga conocer lo que son baxo la mano de un Dios vengador. Bastante han visto y entendido las naciones de la tierra, y yo no he dicho poco para acreditar los delitos y errores con que la mas impía de las sectas ha irritado la ira del cielo. Quiera el Todo Poderoso, que se ha visto obligado á castigar de esta manera á mi patria, dexarse ya ablandar y aplacar compasivo, que si la sangre de sus mártires clama desde luego por la venganza, que mas alto pida el perdon su misericordia. Hermanos nuestros eran estos mártires, unidos íntimamente á estas legiones de Sacerdotes que han dexado dispersos por toda la tierra: siempre nos verán estrecharlos, invocarlos, solicitarlos para que hagan una santa violencia á nuestro Dios. Amigos nuestros son tambien, y si han muerto por rehusar el perjurio del cisma, de la heregia, de la impiedad, la misma es nuestra causa, y el decreto de nuestro destierro no expresa otro motivo: con la mayor confianza llamamos á estos mártires; únanse, pues, sus votos á los nuestros, y sean mas poderosos sus ruegos que los pecados de los iníquos. ¿Que se conviertan los impíos! ¿Que vuelvan á verse en Francia sus dias antiguos de paz y alegria verdadera! ¿Que se restablezca el trono y el altar! ¿Bastante se han oido en todas partes los golpes de un Dios justo y severo sobre esta nacion

desgraciada! Los Potentados de la tierra se hallan instruidos, la Europa toda asombrada ha conocido las calamidades que han atraído las blasfemias de una falsa sabiduría. Si el nombre de impíos, si la memoria de su escuela se conserva todavía, será tal vez como la idea de un grande contagio, de las plagas de insectos y réptiles que habia engendrado la corrupcion: una memoria mas interesante para nuestros anales, mas dulce á los ministros del Señor, será la de las naciones que los han açogido, y de los beneficios que con mano franca les han dispensado.

